



AÑO III

← BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1884 →

NUM. 130



LA ROMANZA, dibujo por Wehle

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA (*Conclusion*), por don Antonio de Trueba.—ESMERALDA, por don Francisco Lozeolita.—METAMORFOSIS DE LOS FENÓMENOS FÍSICOS, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—LA ROMANZA, dibujo por Wehle.—LOS VÁNDALOS EN ROMA, cuadro por Hirschl.—LA SALIDA DEL CONVENTO, cuadro por Cortazzo.—VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro de Fabio Cipolla.—LA ÚLTIMA ADQUISICION, cuadro por H. Stetzner.—LA CRÍTICA QUE MUERDE, cuadro por G. Koch.

NUESTROS GRABADOS

La romanza, DIBUJO POR WEHLE

Si estuviésemos aún en aquel tiempo en que el arte desconocía ó despreciaba la historia del traje hasta el punto de que Venus vistiera á la Pompadour y Marte á lo Luis XIV, diríamos que la dama de Wehle representaba genuinamente á la musa del canto. Tal es la expresion de su semblante, tal el sentimiento de que se halla poseida, que si de la estatua *El sueño* por Miguel Angel se dijo que si la despertaran hablaría, de nuestra cantante podríamos decir que si todos nos callásemos se oirían las notas que salen de sus labios.

Su vestido, su peinado, cierta severidad de su belleza que nos hace recordar á María Antonieta en su juventud, nos inducen á creer que el dibujante ha querido reproducir el tipo de una dama austriaca de últimos del pasado siglo. En este caso es posible que la romanza de su canto sea una de esas delicadas composiciones de Beethoven, tan sentidas, tan correctas, tan propias para dar una idea de la verdadera música, ese lenguaje universal que, aún mejor que el de la palabra, entienden todos los corazones no atrofiados por la maldad.

El efecto producido por este dibujo no puede ménos de ser simpático, porque además de sus buenas cualidades artísticas, reúne la del acto á que se entrega la dama y que hace resaltar su gentileza. La mujer tiene dos maneras de ser pintada con seguro éxito: en el interior del hogar doméstico dominada por sus éxtasis de madre; en los salones de la buena sociedad poseida de los éxtasis de artista.

Los vándalos en Roma, CUADRO POR HIRSCHL

Era el año 410 de la Era cristiana. Roma estaba condenada á muerte por la ley de la historia: ántes que los vándalos la destruyesen de órden de Alarico I, la habian destruido las crueldades de Neron, el despotismo de Calígula, la imbecilidad de Heliofábalo, y los vicios de cuantos olvidaron la justicia implacable de Bruto y el atinado gobierno de Augusto.

Sonó la hora del exterminio, y los visigodos penetraron en la ciudad eterna: desde aquel día puede decirse que terminó la Roma de los emperadores para dar lugar á la Roma de los Papas. Nada fué respetado, nada quedó sin profanar despues del terrible asalto.

El hierro y el fuego se pusieron de acuerdo: el primero inmolaba á los hombres; el segundo destruía los monumentos. Sobre este día de horror han pasado cerca de quince siglos, y aún son de ver en la Roma de nuestros tiempos las huellas de los bárbaros, que debieron principalmente este nombre á las hecatombes de esta jornada.

El cuadro de Hirschl da una idea bastante aproximada de las escenas de ese día de horror en la historia del mundo: nunca como en aquel momento pudo decirse á los romanos:—¡Ay de los vencidos!...

La salida del convento, CUADRO POR CORTAZZO

Reproduce este cuadro una antigua costumbre veneciana, no por antigua y veneciana tan perdida en nuestros tiempos y en todos los países, que no se pudiera reproducir bajo todos los cielos y con trajes á la última moda.

Las familias de la aristocracia tenían y tienen aún la costumbre de encerrar á sus hijas, de infantil edad, en conventos de su especial predileccion, donde permanecian hasta que los padres conceptuaban ser llegada para ellas la hora de su presentacion en el gran mundo. La suerte de los descendientes estaba de antemano fijada: el mayor á la corte, el primer segundón al ejército, el siguiente á la Iglesia, las niñas al convento, en donde permanecian más ó ménos tiempo, ó profesaban sin remision, segun que el estado de los bienes paternos permitía ó no permitía mantener una hija más en el palacio donde involuntariamente vió la luz primera.

La jóven de nuestro cuadro ha tenido la buena suerte de que, siquiera un poco tarde, su familia se haya encontrado en el caso de recobrarla. La blasonada góndola ha atracado en el andén del convento y la educanda, despues de haber trocado su modesto uniforme por un traje suntuoso, abandona á las monjas, abandona su celda, abandona el claustro cuyas sepulturas tanto miedo le causaron, abandona el jardín donde cultivó sencillas flores, abandona todo su pasado, no sin sentir oprimido el corazón y dirigir una triste mirada de despedida á las personas y las cosas que rodearon su infancia.

Al aparecer en el mundo, el mundo la daña, como daña el sol al que deja el oscuro calabozo que habitó durante largos años. Los trasportes de la familia demuestran el júbilo que la infunde esa especie de rescate, que pudo haberse verificado mucho ántes á comprender los padres que no hay colegio tan provechoso como el hogar doméstico, ni profesora tan entendida como una madre amante.

Vendedora de naranjas, CUADRO POR FABIO CIPOLLA

Este trabajo trasciende á modelo; pero el modelo es bueno y el pintor ha hecho más que copiar; ha puesto de su parte algo del genio del arte, que anima las piedras, algo que en esa humilde mujer sintetiza á toda una raza y dentro de esa raza á todo un sexo por ella vilipendiado. Lo de ménos es, quizás, en este cuadro que el tipo de la vendedora sea puro, que la actitud sea natural, que el dibujo sea correcto; todo esto, digámoslo así, son condiciones externas de la obra.

Lo que encontramos notable en ella es la expresion del semblante, es una especie de abatimiento del cuerpo, es la tristeza que se transparenta en todo su sér, hija indudablemente, aunque de inconsciente manera, de su abyeccion. Esos ojos grandes, pero sin fulgor, esos labios carnosos y materialistamente sensuales, esa misma falta de rubor con que ostenta partes de su cuerpo que toda jóven pudorosa oculta cuidadosamente, ese abandono de su persona que parece resignada á la ley fatal de su ignominia; dan una perfecta idea de la desdichada mujer árabe, simple instrumento del placer ó grosera materia de explotacion y trabajo.

A la vista de la pobre vendedora de naranjas se le ocurre á cualquiera que esa mujer no ha sido redimida aún.

La última adquisicion, CUADRO POR H. STETZNER

El aficionado á antigüedades es un tipo incomprendible para quien no haya coleccionado siquiera sellos de correo ó cajas de fósforos. Con efecto, ¿cómo se explica, sin la pasion del anticuario, que un hombre de razon serena haga un viaje en busca de un ochavo roñoso ó dé por un cachivache de grosera tierra mal pintada y peor cocida, lo que no cuesta una vajilla de delicada porcelana inglesa?

El personaje de nuestro cuadro es uno de esos tipos: en él son de ver la gravedad, la competencia, la fruicion con que examina su última compra, un *canot* de cristal en que quizás bebió cerveza de Munster el famoso rey profeta Juan de Leyda...

La composicion es sencilla, pero la avalora la expresiva naturalidad de la única figura que es de ver en ella.

La crítica que muere, CUADRO POR G. KOCH

Si hay, por fortuna, críticos ilustrados que esclarecen, guían y aconsejan á los escritores, críticos que desempeñan su útil mision de una manera suave, siempre culta y, por lo tanto, siempre simpática; críticos que enseñan sin pedantería, censuran sin acritud y corrigen sin ofender; los hay, asimismo y por desgracia, que agrian, y aún mejor, envenenan las cuestiones en que intervienen.

Para ellos no hay respeto debido ni buena forma necesaria. Su misma doctrina es semilla que, en lugar de germinar, arrebatada el huracan que ellos mismos suscitan; maestros partidarios del falso principio de que la letra con sangre entra, hacen aborrecible su propia ciencia; pedagogos de palmeta siempre levantada, esquivan á los discípulos de una escuela en donde el dolor y la vergüenza impiden aprovecharse de lo bueno que en ella se explique, analice ó demuestre.

El cuadro de Koch es la crítica de esos críticos que muerden; una verdadera fábula en accion que vale tanto como un apólogo en verso de Lafontaine ó de Iriarte.

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

(Conclusion)

Pensando y más pensando en Sandunga y su hermosura y su salero, se fué metiendo en cavilaciones sobre si el empeño que abuela y nieta habian mostrado en que fuese á dar un paseo y éste fuese lo más largo posible, habria sido inspirado por el deseo de su salud y su alegría ó por otra cosa.

El infierno de los celos empezó á arder en su corazón, porque con ser grande su amor á Sandunga, lo era infinitamente más su orgullo, que ya en otra ocasion le habia precipitado del cielo al abismo.

De cavilacion en cavilacion vino á parar al convencimiento de que mientras él paseaba, abuela y nieta se le pegaban de puño, á cuyo efecto le habian hecho alejarse de ellas, y hecho un basilisco y llevándose á cada instante las manos á la cabeza, volvió atrás jurando y perjurando que si los toros eran ciertos, habia de haber la de Dios es Cristo en la casita de la enramada.

Al echar por un atajo para abreviar camino, llamó su atencion un mozo que cerca de una casería medio quemada trabajaba como un negro en una heredad lindante con el atajo, y trabó conversacion con él, deseoso de distraerse un poco de sus negras cavilaciones, y sobre todo, á ver si podia disuadirle de que regara la tierra con su sudor, porque semejante riego era una de las cosas que más ira daban al Diablo en el mundo.

—Pero, hombre,—preguntó al mozo,—¿por qué trabaja usted así?

—Porque no tengo otro remedio, y aún trabajando así no trabajo lo bastante para atender á mis obligaciones.

—¿Qué, ¿es V. casado?

—No, señor, y doy á Dios gracias por ello. Si fuera casado, mis penas serian aún mayores, porque mayores serian tambien mis obligaciones.

—Hombre, no comprendo qué penas ni qué obligaciones puede tener un mozo soltero como V.

—Pues ha de saber V. que las tengo, y muy grandes. Enfermaron á un mismo tiempo mi padre y mi madre, y

despues de haber gastado cuanto teníamos y mucho más que pedimos prestado para que nada les faltase en su enfermedad, fallecieron al cabo de un año de padecerla y quedaron sin más amparo que el mio mi abuela anciana y enferma, una hermanita ciega y un hermanito tullido. A fuerza de trabajo pude pagar algo de lo que debíamos y comprar un rebanito de ovejas que hacian gran falta en casa para vestarnos con su lana, alimentarnos con su leche y abonar la tierra con su estiércol, pero entónces sucedió que se nos quemó la casa con todo lo que teníamos en ella incluso las ovejas, y gracias que nosotros pudimos salvarnos con lo puesto.

—¿Y no se salvó tambien algun cordel para que V. pudiera echárselo al cuello y ahorcarse de un árbol?

—¡Ahorcarme! ¿Y por qué me habia de ahorcar?

—Porque motivos tenia V. para ello.

—Para quitarse la vida nunca hay motivos. Selgas ha dicho que vivir es quitarse la vida y este es el único remedio que aprueban Dios y el sentido comun. Dios es quien nos ha dado la vida y sólo Dios es dueño de disponer de ella.

—Dale con el de arriba,—exclamó el Diablo, á quien se le habian empezado á encender de ira los ojos desde que el mozo nombró á Selgas. ¡Que siempre han de andar Vds. á vueltas con él!

—¿Pues no hemos de andar, si Dios es lo contrario del Diablo, es decir, el Bien que es lo contrario del Mal?

Oír esto el Diablo y continuar su camino como si le hubieran puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno.

V

Al acercarse el Diablo á la casita dió un bramido de cólera porque habia visto á Sandunga hacer señas con la mano desde la ventana para que se acercara á un buen mozo que parecia esperar aquella seña entre los árboles.

En el momento en que el buen mozo iba á penetrar en la casita por la puerta que doña Celestina le abria, se plantó el Diablo allí hecho una furia infernal y emprendió á trompadas con el buen mozo mientras abuela y nieta gritaban pidiendo socorro á los vecinos.

Gran número de éstos, acompañados del alcalde, llegaron y se apresuraron á separar á los contendientes.

Pugnando el Diablo por desasirse de los que le sujetaban, se le rasgó el pantalon por detrás y desarrollándosele la cola le salió la punta de ella por debajo del gaban.

Observar esto el pueblo soberano que se habia ido agolpando allí y empezar á silbidos y denuestos, todo fué una misma cosa.

—Es el Diablo ¡es el Diablo, que tiene cola!—gritó uno de los circunstantes.

Y asintiendo el pueblo soberano á esta opinion, se arrojó sobre el de la cola, y acaba con él sino porque el alcalde consiguió arrancárselo de las manos diciendo que era para llevarle á la cárcel y averiguar allí si era el Diablo y con qué objeto habia ido al pueblo, y despues de averiguarlo darle su merecido.

Al ser conducido á la cárcel, volvió el Diablo la vista y vió que á su rival le entraban en la casita para curarle allí una descalabradura que tenia en la frente; y acaso, pensó, para curársela por mano de Sandunga!

Lo que el Diablo padeció aquella noche en la cárcel no hay pincel que lo pinte, ni pluma, ni lengua que lo narre. Hubiérase dicho, al verle llevar á cada instante las manos á la cabeza, que en la cabeza era donde tenia todo el mal, pero no, el mal le tenia en todo el cuerpo y en toda el alma.

Quería maldecir á la chica y no lo podia conseguir, porque toda maldicion en su boca se tornaba, no diré en bendicion, porque esta era fruta vedada para él, pero sí en una cosa que no se sabia si era beso ó mordisco echado al aire.

Por la mañana fué interrogado por la autoridad, y negando que tuviera nada que ver con el Diablo, á no ser que fuera cierto que son el Diablo las mujeres, explicó la posesion del rabo diciendo que era de un pueblo cuyos naturales eran en aquella comarca tenidos por rabudos como en esta son tenidos los de Güeñes, con lo que se le puso en libertad.

Su intencion era huir más que á paso de la casita de la enramada de cuyas moradoras echaba pestes que se cambiaban en besos ó cosa así, pero por más esfuerzos que hizo, no lo pudo conseguir, porque una fuerza invisible, misteriosa é incontrastable le arrastraba hácia aquella casita.

¡Qué desgraciado era el pobre Diablo en su vida privada!

Volvió á la casita, y poco despues de volver, ya Sandunga y él estaban á partir un piñon, porque abuela y nieta habian logrado convencerle de que sus furiosos celos eran infundados, diciéndole que el buen mozo á quien Sandunga habia hecho señas para que se acercara, era el albéitar del pueblo á quien querian consultar sobre si habian hecho bien ó mal en darle zarzaparrilla y aconsejarle que diera un buen paseo.

Pero si al Diablo se le habia pasado el berrinche de los celos, aún le quedaba otro que era el que le causaba la resignacion con que el mozo de la casería medio quemada sobrellevaba sus desgracias.

Fuese por este berrinche ó fuese por el otro, es lo cierto que al Diablo se le agravó su indisposicion, y para librarse de ella tuvo que pasar meses enteros poniendo el grito en el cielo, digo en el infierno, y tomando zarzaparrilla y otros potingues que le dejaron como un fideo.

Digo y repito que el pobre Diablo era muy desgraciado en su vida privada!

Apénas se restableció un poco y como que ya iba teniendo ganas de andar en bromas con Sandunga, doña Celestina le salió con una embajada que le hizo pasar un rato de mil demontres.

Un día que Sandunga no estaba en casa, le cogió por su cuenta doña Celestina y le dijo:

—Señor de Pateta, V. no debe extrañar que le diga en confianza y aquí para entre nosotros lo que le voy a decir. Como la gente es tan maliciosa y murmuradora y de una pulga levanta una mula, en el pueblo se empieza ya a decir de V. y de mi nieta que si fué, que si vino, y hay que convenir en que la gente tiene razón para ello, porque como mi nieta está tan ciega por V. y es tan inocentota y tan buena que lleva siempre el corazón en la mano, no sabe disimular que está perdida por V.

Al señor de Pateta se le caía la baba oyendo esto á doña Celestina.

—Perdida he dicho y he dicho dos veces la verdad, porque mi nieta está perdida dos veces.

—¿Cómo dos veces, abuela?

—Sí, dos veces: la primera, perdida de amor, porque V. como es el enemigo malo para enamorar á las chicas, le ha trastornado el juicio, y la segunda, perdida á los ojos de las gentes.

También al oír esto último se le caía la baba al señor de Pateta que no acertaba á dónde iba á parar la vieja.

—¿Y qué quiere V. decir con eso, abuela?

—Quiero decir que mi pobre nieta está perdida sin remisión si no se casa V. con ella inmediatamente.

Y al decir esto, la vieja se echó á llorar como una Magdalena.

—Pero, mujer, por los clavos de Cris... digo de especie, no llore V. así, que ya encontraremos medio de arreglarlo todo.

—No hay que descalabazarse mucho para encontrar ese medio.

—¿Y cuál es el que V. encuentra?

—¡Cuál ha de ser! Casarse Vds...

—¡Casarnos! ¿Y cómo?

—Como Dios manda.

El Diablo dió un bramido de cólera al oír esto.

—¡Ave-María purísima!—exclamó la vieja haciéndole dar otro bramido,—no parece sino que le he llamado á usted perro judío!

—Es que... para casarse como V. dice se necesita saber la doctrina cristiana, y yo la he olvidado con la enfermedad que he tenido, y no tengo ahora la cabeza para estudiar.

—Pues es necesario que Vds. se casen aunque sea por lo civil.

El Diablo al oír esto, sintió tal trasporte de alegría, que no pudo menos de abrazar y besar á la vieja exclamando:

—Ah, sí, de ese modo se arregla todo perfectamente. ¡Por lo civil! ¡Qué invención tan sublime la de poder unir dos almas en una sola sustituyendo la mano de Dios con la de un alcalde ó cosa así!

El Sr. de Pateta y Sandunga se unieron al día siguiente ante Dios, digo ante el juez municipal.

VI

El Diablo era infelicitísimo en su vida privada ó sea en su matrimonio ó cosa así con Sandunga: todas las desdichas, menos la más gorda de todas las que puede experimentar un hombre casado, había experimentado á los pocos meses de matrimonio. ¡Qué vida, señor, la suya, qué vida privada!

Su salud cada vez estaba más quebrantada, porque no había en su cuerpo hueso que no riñese con el compañero, y sobre todo con el amo. Cada día y hasta cada noche era una continua pelotera entre él y su mujer que tenía por auxiliar á la vieja.

Sandunga recordaba aquella copla que dice:

Aseadita y casada
te quiero yo ver,
que aseadita y soltera
cualquiera lo es,

porque Sandunga desde que se casó se peinaba á dedo y no gastaba agua ni aún para beber, porque bebía vino cuando no bebía aguardiente.

Daba la pícara casualidad de que el albéitar pasaba y repasaba todos los días y aún todas las noches por las cercanías del domicilio conyugal de Pateta y Sandunga. Y por último Pateta había tenido que empeñar hasta el reloj y las sortijas, porque, sin saber cómo, ni por dónde, ni en qué, se había quedado sin un céntimo del dineral con que había legado á aquella condenada casa.

Lo del dinero no es de extrañar, porque así se va siempre el dinero del Diablo.

La única desgracia que no había experimentado, era, como he dicho, la más gorda que, dado su inmenso orgullo, podía experimentar, ó sea la de que su mujer le hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Esto le consolaba algún tanto de todas las demás desgracias de su vida privada.

Entre sus muchos disgustos se contaba uno casi casi tan gordo como el que le hubiera causado la infidelidad de su mujer, y era el que sentía al recordar al mozo que se resignaba con todas sus desgracias.

El recuerdo de esta resignación le sacaba de sus casillas. Echándose un día á pensar algún medio de convertir en desesperación la resignación de aquel mozo, le ocur-

rió uno que le pareció á pedir de boca: este medio consistía sencillamente en inducirle á que se casara.

—Voy,—dijo,—á ver si consigo que ese mozo se case. Si lo consigo, voto á brios Bacabalillo, que ese mozo no tarda en echarse un cordel al cuello; que según me consta por propia experiencia en mi vida privada, casarse y ahorcarse, al ménos moralmente, viene á ser una misma cosa.

Al día siguiente se encaminó á la casa medio que-mada, que estaba como á una legua de la suya, y hala, hala, dió vista á ella y vió al mozo consabido trabajando en las heredades de sus inmediaciones.

Entónces, trasformándose de repente en doña Celestina, cuya maestría para inclinar voluntades á ciertas cosas le era conocida por propia experiencia, continuó su camino hasta llegar al mozo, á quien logró persuadir de que debía casarse inmediatamente, con lo cual la carga de la vida le pesaría la mitad compartiéndola con una compañera de alegrías y tristezas.

Y conseguido esto, que consideraba como un gran triunfo, pues ya estaba seguro de que no tardaría en enviar al infierno siquiera una muestrucilla de que no desperdiciaba el tiempo ni aun en su vida privada, dió la vuelta á su casa experimentando á su llegada un berrinche y una satisfacción de órdago.

El berrinche fué por ver que el albéitar se aproximaba á la puerta de su casa sin duda con ánimo de llamar y entrar, sabedor de que él estaba ausente, y retrocedió y se alejó por la arboleda al verle asomar.

Y fué la satisfacción por haber llegado á tiempo para impedir la desgracia más gorda de todas las que le pudieran suceder en su vida privada, que era la de que el albéitar entrara en su casa estando él ausente.

VII

Pasaron años enteros y las desgracias del Diablo en su vida privada se habían multiplicado hasta lo infinito. Digo mal al decir hasta lo infinito, porque aún no había experimentado la más gorda de todas, la desgracia de las desgracias, la de que su mujer hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Consolábase un poco de estas desgracias suponiendo que el mozo de la resignación, si á aquella fecha no se había ahorcado, estaría á punto de hacerlo para poner término al insostenible cúmulo de tormentos que constituían sus desventuras de soltero agravadas enormemente con las de casado, y determinó dar una vuelta por la casería medio quemada para adquirir completa certidumbre de que su suposición era cierta.

Al dar vista á la casería se sorprendió mucho viendo que ésta, léjos de seguir medio quemada, había sido reedificada y embellecida de modo que el más descontentadizo podía envidiar á los que moraban en ella.

—Bah,—dijo para sí el Diablo,—eso es que aquel mozo y toda su familia se ahorcaron y el heredero de sus bienes ha reedificado la casa.

Conforme se iba acercando á la casería, notaba que las heredades contiguas á ella habían ganado un ciento por ciento en cultivo, y hasta habían sido roturados y quebrantados y ostentaban hermoso y abundante fruto terrenos que ántes estaban baldíos y sólo producían zarzas y sabandijas.

Era la hora de la siesta y con este motivo no había por allí un alma á quien preguntar la causa de aquella transformación, por lo que no le quedó más medio para saberlo que dirigirse á la casa, como así lo hizo.

Al llegar frente á ella, se encontró con una escena que si á cualquier otro hubiera enamorado y atraído, á él le causó tal repugnancia y disgusto que estuvo á punto de volver piés atrás.

Bajo un frondoso emparrado que entoldaba la puerta de la casa, se solazaba conversando amorosamente y riendo la familia que allí moraba, compuesta de una anciana que enseñaba á andar á un hermoso niño de poco más de un año, de un guapo chico que bajo un cerezo daba de comer y acariciaba á una pareja de bueyes diciendo que no había pareja tan valiente y gallarda como ella, de una muchacha sonrosada y alegre que cosía y cantaba, de una mujer jóven, risueña, aseada y hermosa que daba de mamar á otro niño de algunos meses, y de un hombre, también jóven, aseado y con cara de pascua florida, que festejaba unas veces al niño que daba sus primeros pasos en la senda de la vida, y otras al que alternaba las chupadas al seno materno con dulces y amorosas sonrisas al que le festejaba.

El Diablo, en quien la curiosidad por lo visto pudo más que la repugnancia á lo bello de aquel cuadro, se acercó al emparrado y trabó conversacion con aquella dichosa familia sin sospechar siquiera que fuese la que ántes habitaba la casa.

Pero fijándose más en el que parecía ser cabeza de ella, reconoció en él, estremeciéndose de espanto y disgusto, al jóven con quien dos veces había hablado en las heredades inmediatas.

—No es extraño,—le dijo el jóven,—que al pronto no me haya V. conocido, porque desde la única vez que V. me vió he variado tanto por dentro que no he podido ménos de variar también por fuera. ¡Bien haya la buena anciana á quien debo esta variación!

—¿Y qué anciana es esa?—le preguntó el Diablo, que ya he dicho es muy bestia cuando Dios quiere que lo sea, como lo prueba el que en aquel instante no caía en la cuenta de quién era la anciana á que aludía su interlocutor.

—¿Quién ha de ser sino una tal doña Celestina que me aconsejó que me casara!

—¿Y se casó V.?

—Me casé con este ángel que amamanta á mi segundo cachorrito, y desde entónces no parece sino que todas las bendiciones de Dios cayeron sobre mi casa y familia, porque la abuelita que estaba enferma, se puso tan buena y tan tiesa como V. ve, la hermanita que estaba ciega recobró la vista como V. está viendo, el hermanito que estaba tullido, sanó, como V. ve también, y con la salud y la alegría y el amor en mi hogar vinieron la abundancia y la prosperidad y el acierto en cuanto ponemos mano. ¡Bendito, bendito mil veces sea Dios!...

Mientras esto decía el jóven reventando de alegría y satisfacción, todo el infierno con sus tenazas y sus garfios y sus calderas de plomo derretido andaba por el interior del Diablo que al oír aquella bendición del jóven ya no pudo resistir más, y dando un bramido espantoso desapareció del emparrado tanto más veloz y desesperado cuanto toda aquella dichosa familia empezaba á hacerse cruces de lo que veía en él.

VIII

El Diablo volvió á casa, no diré que en el colmo de la desesperación, pero sí que poco ménos, y esta desesperación llegó casi á los bordes de la copa de la amargura cuando al ir á acostarse se asomó á la ventana, como hacia todas las noches en tal ocasion para ver si había moros en la costa, y creyó ver la sombra de un hombre en un claro de la arboleda alumbrado por la luna.

Acostóse y permaneció largo rato desvelado, pensando en aquella sombra y en la interminable serie de desventuras que habían amargado su vida privada; pero al fin pensó también que todas estas desventuras eran grano de anís comparadas con la de que Sandunga hubiera faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Tranquilizado algún tanto con esta consideración, se quedó al fin dormido, pero muy pronto se vió asaltado de una horrible pesadilla que en vano procuraba sacudir. Soñaba que aquella sombra que había creído ver á la luz de la luna tomaba cuerpo de hombre muy parecido al albéitar, y este hombre trepaba á la ventana de Sandunga, y la ventana se abría, y el hombre saltaba dentro, y la ventana se volvía á cerrar, y quedaba todo en silencio exteriormente, y pasado largo rato la ventana se volvía á abrir, y el mismo hombre saltaba de ella y se alejaba por la arboleda echando hácia la ventana besos con la punta de los dedos como en respuesta de otros besos que desde la ventana le echaban unos dedos de mujer!

Al fin despertó quebrantado de alma y de cuerpo con esta pesadilla, y queriendo apartar de su cabeza un horrible peso que sentía en ella, echó á ella ambas manos y se encontró con que le habían retoñado, en toda su longitud y espesor, los cuernos que ras, ras se había aserrado á rape con un serruchillo al hacer los preparativos de viaje para entregarse en el mundo por algún tiempo á las dulzuras de la vida privada!

Y entónces, saliendo de estampía por la ventana, tornó volando, volando, al infierno, y metiéndose al llegar en una de las calderas de Pero Botero henchida de plomo derretido, exclamó, estremeciéndose de delectación y consuelo: —¡Qué rrrrico es esto comparado con aquello!!

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao 1884

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LOZCOITIA

I

El marqués de Valdecarrizo era un guapo jóven de 28 años de edad que se había propuesto pasar una temporada en Córdoba, su ciudad natal, tanto por aburrimiento del mundo, como por reparar las brechas de su fortuna que ya eran muy considerables.

Tenía una casa solariega en la calle de San Pablo y otra de campo en las afueras de la puerta de Almodóvar, y habitaba esta última por ser más cómoda en la época del calor, que ya comenzaba. De día cazaba por los alrededores y de noche, por no aburrirse tomando el fresco en el Gran Capitan, solía entrarse un rato en un circo ecuestre provisionalmente construido en una planicie al lado de dicho paseo.

Este espectáculo era el único que quedaba despues de pasada la feria de mayo, y se hallaba poco concurrido, en primer lugar porque Córdoba, hace 18 años, no estaba tan próspera y animada como en la actualidad, y además porque la compañía era muy floja en artistas y caballos.

Los espectadores, especialmente en los días no festivos, estaban como en familia, de tal manera que nadie se daba cuenta de por qué aquella pobre gente continuaba en la población.

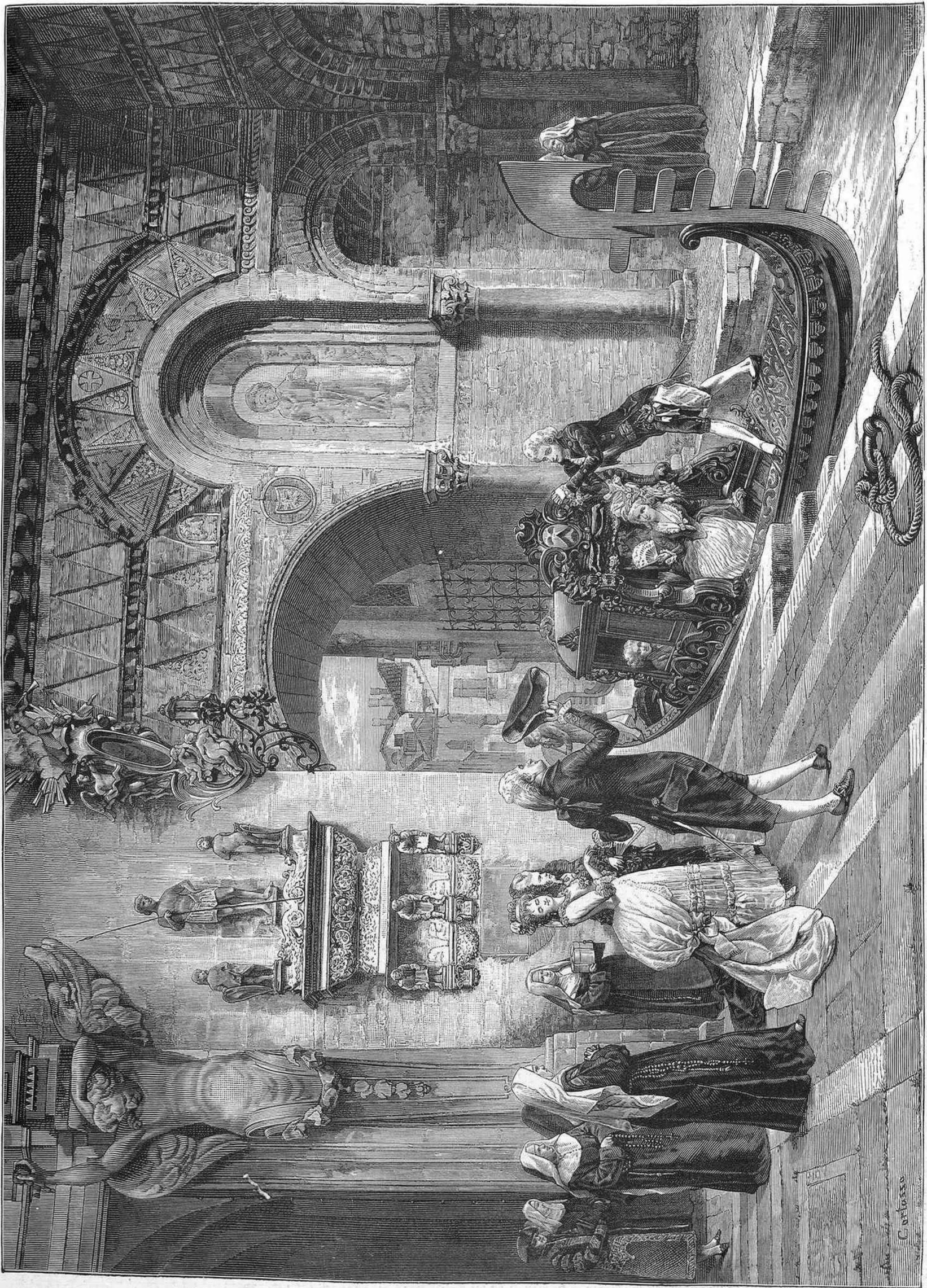
El director del circo, M. Lambé, agradecía la asiduidad con que asistían el marqués y un primo suyo, coronel retirado, y las pocas amazonas y sílfides de aros de papel les dedicaban sus más expresivas sonrisas.

Una noche, á la hora que empezaba la función, sólo había once espectadores, y M. Lambé, no pareciéndole bien trabajar sin público, determinó pretextar una repentina indisposición de dos de los primeros artistas y devolver el precio de las pocas localidades vendidas.

Hízolo así y se suspendió la función. El marqués y su primo, que á la sazón entraban por la puerta de las cuadras, se enteraron del motivo y oyeron al director exclamar



LOS VÁNDALOS EN ROMA, cuadro por Hirschl



LA SALIDA DEL CONVENTO, cuadro por Cortazzo

dirigiéndose á algunos artistas que le rodeaban cariacon-
tecidos:

—No hay remedio: sin Esmeralda estamos perdidos.

II

—M. Lambé,—dijo el marqués,—puesto que esta noche
está V. de asueto, le invito á una botella de cerveza en el
café de al lado. Voy á tomarme la libertad de hacerle dos
preguntas.

—Señor marqués,—contestó el director,—acepto con
mucho gusto. Dentro de tres cuartos de hora, en cuanto
dé algunas disposiciones, estaré á las órdenes de V.

—Pues en el café esperamos.

—Iré en seguida, señor marqués.

Los dos primos, sentados á una mesa del café, hicieron
un compás de espera hablando de la compañía ecuestre,
y ambos, que eran á cual más inteligentes en materias
hípicas, no acertaban á darse cuenta de las causas que
habían reducido á M. Lambé á tan precaria situación; pues
sí como director era notable, como caballista y picador
rayaba donde muy pocos.

Tenia una gran escuela, poseía conocimientos ecuestres
poco comunes y estaba dotado de una elegancia de método
particular.

Llegó M. Lambé, chocaron las copas de cerveza alemana,
según costumbre francesa, y después de lamentarse del
fracaso de la entrada de aquella noche, el marqués de Val-
decarrizo dijo al artista:

—Antes indiqué á V. que tenía que hacerle dos pregun-
tas, si no son impertinentes.

—Tendré mucho gusto en contestarlas. Mis artistas y
yo apreciamos en lo que vale la constante asistencia con
que Vds. nos honran.

—Prescindiendo de las causas que pueden haber in-
fluido en que V. se halle *deplazado*, como dirían sus com-
patriotas, deseamos saber por qué se obstina V. en perma-
necer en Córdoba, que por el presente nada bueno puede
dar de sí, y además quién es esa Esmeralda cuya falta
lamentaba V. hace poco.

—Contestaré por partes, señor marqués, si Vds. no tie-
nen prisa.

—Ninguna.

—Pues bien, oigan Vds. Hace años que me dedico á
este negocio por la sencilla razón de que es el que más se
adapta á mis conocimientos y aficiones. He explotado con
varia fortuna desde el circo de verano de París hasta los
de la mayor parte de las poblaciones de alguna importan-
cia de Francia, Bélgica é Italia. Somos muchos y nos
hacemos una competencia ruinosa: Inglaterra, Rusia y casi
la mitad de América *acaparan* los artistas más notables,
y además hay visible decadencia en este género de espec-
táculos. Quise viajar por España, púselo en práctica é
instaléme en Madrid en un circo de la plaza de la Cebada;
pero allí como aquí víme abandonado del público. Un
maestro de obras de esta ciudad, rico y emprendedor, que
se hallaba temporalmente en la capital, me propuso como
buen negocio aprovechar la época de las ferias de Córdoba,
y como yo no tenía fondos, nos asociamos comprometién-
dose él á construir un local á propósito y yo á trabajar con
mi compañía el tiempo necesario para resarcirle de su des-
embolso. Durante la feria la cosa no ha ido del todo mal;
pero después, ya han visto Vds. Yo me hallo entre la es-
pada y la pared, mi socio no deja que levante los reales,
mis mejores artistas me han abandonado y apenas me
quedan caballos....

—¿Y todas estas calamidades estarán acaso relacionadas
con Esmeralda?—interrumpió el marqués.

—A eso voy,—repuso M. Lambé.

—Es una antigua historia.... Hace veintinueve años me
hallaba con mi compañía en Narbona y hacíamos excu-
siones á las villas y lugares del departamento. Una mañana
muy temprano, mi mujer y yo paseábamos á caballo por
los alrededores de Castel-Noredis, en cuya villa actuá-
bamos, cuando, al atravesar por la senda abierta en un
campo de trigo, ví una niña dormida sobre las verdes y
nacientes espigas. Si hubiese estado vestida de campesina,
nada hubiera tenido de particular; mas no era así; la pobre
criaturita llevaba un vestido blanco y un cinturón de seda
azul, y sus cabellos castaños tirando á rubios caían en
abundantes bucles sobre una carita blanca y delicada.

III

—Desmonté y aproximéme á ella.

El angelito dormía con un sueño agitado.

Mi mujer, que la contemplaba también con sorpresa é
interés, me dijo:

—Tráela.

Toméla en brazos despertándola poco á poco.

La niña abrió los ojos y me miró sin asustarse.

Mi mujer, que permanecía á caballo, la colocó en el
arzon de la silla y acariciándola la preguntó:

—¿Quién eres, hija mía, y por qué duermes en el
campo?

La niña se echó á llorar exclamando:

—¡Tengo miedo! No me lleveis donde está Fanny.

—¿Y quién es Fanny?

—Mi aya. Se ha muerto, y ¡si vierais, se ha quedado
más fea! Lo mismo que mi mamá. Y yo no quiero morir-
me, ¿lo entendéis? no quiero... no quiero... y por eso me
he salido de casa. No me lleveis con Fanny ¡no me
lleveis!

—No te llevaremos. Pero ¿y tu papá?

—Papá Santiago se ha marchado muy léjos, muy léjos.

—¿Pero papá Santiago tendrá otro nombre?

—No lo sé.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Victoria, como la reina.

La niña hablaba en francés, mas con un ligero acento
extranjero. Sus últimas palabras me hicieron sospechar
que fuera inglesa.

—Pues bien, Victoria,—dijo mi mujer,—¿quieres venir-
te con nosotros?

—Ya lo creo, pero no donde está Fanny. ¡Si vierais qué
fea se ha puesto!

Mi mujer se hallaba enternecida. No teníamos hijos y
tácitamente convinimos en adoptar á aquella linda criatura
abandonada. Sin embargo, para salvar toda responsabili-
dad, me presenté con ella al *Maire* de la población y le
referí lo sucedido.

—Seguramente,—me dijo—esto se relaciona con un
suceso incomprensible de que acabo de tener noticia.
Hace algun tiempo se hospedó en el hotel de la Cruz
una familia inglesa compuesta de un matrimonio, esta
niña y una sirvienta. El marido se ausentó, la señora que
estaba muy enferma murió el mes pasado, y según parece
la criada pasó también ayer á mejor vida.

—Es extraño. Pero al menos se habrán encontrado do-
cumentos.

—Ninguno. Los extranjeros estaban inscritos en el
hotel con el nombre de familia Rull, y nada más.

—¿Podría adoptar á esta niña?

El *Maire* titubeó.

—No veo inconveniente,—contestó después de haber
meditado largo rato,—dejando siempre á salvo los dere-
chos de familia.

—Y hé aquí, señores,—prosiguió el director,—la
historia de mi encuentro con Victoria. Tanto por desorien-
tar la familia en cuanto fuese posible, como por dar gusto
á mi mujer que es entusiasta de Víctor Hugo, variamos
su nombre por el de Esmeralda. Durante mucho tiempo
temimos que la niña nos fuese reclamada, pues llegamos
á quererla entrañablemente.

Desde muy pequeña se desarrolló en ella una gran
afición por los caballos; pero yo no creí tener derecho á
dedicarla á nuestra profesión. Desde el primer momento
presentimos que pertenecía á una familia distinguida.

—¿Y han averiguado Vds. algo?

—A medias, señor marqués. Esmeralda estaba muy con-
trariada con mi decisión de que no trabajase, pero yo la
consolé prometiendo hacerla una gran amazona como
Mme. Tampé á quien ella había admirado en París. Cumplí
mi palabra; empleé cinco años en enseñarle la
equitación. No solamente la demostré cómo se obtiene
matemáticamente de un caballo, lo mismo que de un
instrumento cuyo mecanismo se conoce, todos los pasos
y movimientos, tocando tal ó cual músculo, sino que
también hice comprender que, prescindiendo de estos
medios puramente físicos, se consiguen los resultados más
maravillosos por medio de la persuasión. La alta escuela
no debe ser una lucha entre el jinete y el animal, y sí una
colaboración.

Mis lecciones cayeron en buen terreno. Esmeralda hizo
progresos que á mí mismo me sorprendían. Semejante á
ciertos niños que tienen el don de atraerse á los pájaros,
ella se hacía obedecer por los caballos más rebeldes que
parecían estar orgullosos con tan ligera y hermosa carga.
El resto de tiempo que le dejaba libre su afición favorita
lo empleaba en instruirse en literatura, historia y geografía.
Aprendía con facilidad los idiomas de los países que
recorramos, y, en suma, se hizo una jóven verdaderamente
notable.

Cuando cumplió quince años me rogó encarecidamente
que la permitiera trabajar en público á la alta escuela. Yo
titubeé, pero como este género de ejercicios tiene cierta
distinción, no pude resistir á sus súplicas y accedí. Obtuvo
éxitos sorprendentes á los que contribuía no poco su simpá-
tica figura. Su talle es esbelto y flexible; sus cabellos,
antes castaños, se han trocado en intensamente negros haciendo
resaltar la blancura de su rostro cuyas aristocráticas líneas
son de una pureza irreprochable. Sus ojos tienen un brillo
fascinador y su sonrisa una atractiva dulzura. Su valor de
jinete raya en temeridad y más de una vez temí por ella
al verla excitar á su caballo obligándole á saltar barreras
de dos metros. No soy, en verdad, profundo observador
filosófico y he estudiado más el instinto de los caballos
que el corazón humano, pero al ver á Esmeralda tan
amante del peligro no he dejado de preguntarme frecuen-
tamente cuál puede ser el destino de esa jóven, de carácter
tan apasionado é impetuoso, cuando se halle envuelta en
las encontradas pasiones y afectos de la vida.

Preveo que no hará nada á medias. He dicho á Vds.
que alcancé éxitos, pero me he equivocado: esta palabra
no expresa el entusiasmo que producía Esmeralda: la
emoción de todos los públicos ante los que ha trabajado,
comenzaba con un silencio de admiración y terminaba
con una salva de atronadores aplausos.

IV

Asediábanla los pretendientes, pero ella no hacía caso
á ninguno. Además, yo la vigilaba con un celo verdadera-
mente paternal. En cuanto á los artistas sus compañeros,
mirábanla como si fuese un sér superior, tanto por su naci-
miento como por su educación; parecían súbditos rindien-
do pleito homenaje á su reina.

M. Lambé hizo una pausa. El marqués y su primo
estaban pendientes de su relación.

—Pero ¡ah señores!—continuó aquel—lo bueno no sue-
le durar mucho. Hace dos años viajábamos por Norman-

día y debíamos dar cierto número de funciones en Ivetot,
mediante una contrata que yo hice á disgusto, preocupado
por no sé qué presentimientos. Y no me equivoqué: á las
dos ó tres noches fijéme en un caballero de edad avanzada,
que desde su asiento en las primeras sillas observaba con
marcado interés á Esmeralda durante sus ejercicios.

En un entreacto subió á mi cuarto y casi de repente
me dijo:

—Ya debe V. saber que la señorita Esmeralda no es
hija de V.

Quedéme petrificado: tuve intención de mentir, pero
mi rectitud no me lo permitió.

—Efectivamente,—tartamudeé,—no es hija mía.

—Usted la encontró niña en los alrededores de Castel-
Noredis.

—Es verdad.

—Me consta que se ha conducido V. como hombre
honrado y que no ha tenido la culpa de que su familia no
haya encontrado á Esmeralda, ó más bien, Victoria, pues
este es su verdadero nombre. Acabo de llegar de la India,
me he informado del *Maire* de aquella población, aunque
con trabajo he inquirido dónde se hallaba V. y vengo á
reclamar á mi hija.

—¿Con qué pruebas?—me atreví á preguntarle.

—En primer lugar ahí tiene V. esos documentos que
legalizan mi personalidad y justifican mi demanda. Ade-
más, vea el retrato de Victoria de la época en que V. la
encontró.

Y me enseñó una miniatura. La niña llevaba en ella el
vestido blanco y cinturón azul con que yo la había visto
por vez primera; tenía los mismos ojos negros, y los cabe-
llos, entonces castaños, cayendo en rizos sobre la frente.

Devolvíle el retrato é incliné tristemente la cabeza.

—Si quiere V. más pruebas,—continuó el anciano,—
todavía puedo recordarle dos cicatrices que Victoria tie-
ne cerca del codo del brazo izquierdo provenientes de una
caída sobre un montón de guijarros.

—Basta, caballero, basta,—dije yo con acento resig-
nado.—No puedo negarme á la evidencia.

(Continuará)

Metamorfosis de los fenómenos físicos

El futuro telégrafo interplanetario

Si la causa del calor fuera un agente sustancial, espe-
cífico, los fenómenos de la luz, distintos como son de los
del calor, serían forzosamente debidos á otro agente; los
del magnetismo serían á su vez manifestaciones de otro;
y los magníficos y sorprendentes efectos de la electricidad,
especial producto de otra causa ó agente sustancial.

Tal creyeron hasta no hace mucho los físicos siguiendo
la corriente de aquellas ideas primitivas, según las que se
imaginó un dios del fuego, vida y alma de los fenómenos
caloríficos, retorciéndose entre las llamas de la hoguera;
un Febo surcando en luminoso carro el vasto firmamento
y enviando su luz á todos los ámbitos del mundo; un dios
del trueno rugiendo entre las nubes tempestuosas; un
Eolo aprisionando el viento ó dándole desatada libertad;
un Neptuno domeñando los mares ó agitándolos, irritado,
contra la tierra y contra el cielo; de aquellas ideas que ex-
tendiendo á todo el concepto antropomórfico, poblaron de
genios las grutas, de ninfas los bosques, de nereidas y
náyades las aguas; y no zumbaba el viento entre las ramas,
ó se despeñaban las rocas desde el monte, ó salpicaba, re-
totozando de peña en peña, el arroyuelo, sin que se viera en
ello los servicios, los juegos, los amores ó los odios de
los fantásticos invisibles pobladores de la naturaleza en-
tera.

Resabios de estas creencias, natural producto de ima-
ginaciones no sujetas por el peso del verdadero conoci-
miento de las cosas, eran las hipótesis aún no hace mu-
cho tiempo dominantes, que suponían un agente especial,
como causa de cada orden de fenómenos físicos. Estas
hipótesis eran un progreso, respecto á las pintorescas con-
cepciones de las imaginaciones primitivas, pero eran tan
absurdas como ellas, puesto que en lo esencial se aseme-
jaban; se había desechado el concepto antropomórfico,
pero aún se conservaba el de *sustancia* para las causas ó
agentes generales de los hechos físicos.

Puestas las ciencias en el buen camino que ahora lle-
van, el absurdo no tardó en verse, encontrándose por to-
das partes señales comprobatorias de ello, siendo de las
más evidentes y curiosas las transformaciones de los efec-
tos físicos de un orden en otros de un orden muy distin-
to. ¿Cómo explicar, en las antiguas ideas, el obtener luz
con el calor y vice-versa; transformar los efectos sonoros
en eléctricos y luminosos ó por el contrario hacer brotar
el sonido de un rayo de luz intermitente? ¿Cómo dar la
razón de que el calor y el magnetismo y la acción quími-
ca y el trabajo mecánico puedan convertirse en electrici-
dad y que ésta pueda á su vez resolverse en trabajo me-
cánico, en acción química, en magnetismo y en calor?
Pues si cada uno de los hechos de este orden tiene su
causa específica y sustancial, ¿cómo se pueden transformar
unos en otros?

Y sin embargo, así sucede. Si por una abertura circ-
lar, practicada en las maderas de una ventana, se deja
entrar en una habitación un haz de rayos solares, y des-
pués se encaja en dicha abertura, y por la parte de aden-
tro, la redonda panza de una abultada redoma, llena de
una disolución de *yodo en sulfuro de carbono*, se habrán
interceptado completamente los rayos luminosos y la
habitación quedará á oscuras, pues la disolución men-

mencionada, casi negra como es, con un ligero viso rojizo-violáceo, es completamente opaca y no deja, por lo tanto, pasar la luz á su través.

Pero si esa masa líquida es opaca para la luz, no lo es para el calor, que puede atravesarla en gran cantidad, y como la forma redondeada de la redoma hace que la disolución adopte igual figura, se origina una especie de lente convergente ó cristal de aumento, de esos que tienen la propiedad de reunir en un punto los rayos que los atraviesan. En el caso indicado se tendrá, pues, una lente convergente para el calor; los rayos caloríficos, que atraviesan la redoma y su contenido, se reunirán en un punto, en el foco de la lente formada; pero la habitación seguirá á oscuras.

Ahora bien, si en este caso se coloca en dicho foco un alambre ó una lámina muy delgada de platino, los rayos de calor que allí se reúnan elevarán considerablemente la temperatura del metal, que subirá en seguida á los 200°, á los 300°, á los 400 grados. Continuando el ascenso de la temperatura, empezará el metal á ponerse incandescente y ya se le podrá percibir en medio de la oscuridad, la incandescencia se hará cada vez más viva, á medida que los rayos de calor sigan llegando; los reflejos que la lámina de platino, calentada al rojo blanco, desprenda serán cada vez más brillantes y la oscuridad de la habitación se irá disipando; se habrá originado una verdadera lámpara de incandescencia; el calor se ha convertido en luz.

Cuando se quema el carbon en el hogar de un motor de vapor y se aplica despues este motor á una máquina dinamo eléctrica, se trasforma el calor en trabajo mecánico y despues éste en electricidad.

Si á su vez en el circuito por donde pase una corriente eléctrica poderosa se interponen alambres delgados de hierro, de plata, de platino, etcétera, se verá que la corriente eléctrica los calienta de tal modo que puede enrojecerlos, fundirlos y aun volatilizarlos cual no lo haria el fuego más intenso de los hornos. La electricidad se ha convertido en calor. Si la electricidad pasa por hilos delgados de platino ó de carbon, con la intensidad precisa para ponerlos incandescentes, se origina la luz suave y magnífica que con las lámparas de Edison, Swan y Máxim se obtiene; si, en fin, la corriente eléctrica afluye á los extremos de dos conos de carbon puestos á corta distancia uno de otro para que la chispa eléctrica salte entre ambos, se obtiene el brillante arco voltaico que en prodigiosa variedad de lámparas se utiliza. En ambos casos la electricidad se ha convertido en luz.

Como estos, otros muchos ejemplos podrian citarse;



VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro por Fabio Cipolla

pero con los dichos bastan para ver cómo los llamados agentes físicos, los antiguamente considerados fluidos, en suma, el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo, se trasforman unos en otros de un modo completamente incompatible con la especificidad ó sustancialidad de cada uno. Hecho notabilísimo que ha cambiado por completo las ideas que se tenían acerca de las fuerzas físicas y que ha abierto la puerta á la verdadera concepcion mecánica de todos los fenómenos naturales.

**

Pero de todos los casos de trasformacion, los más curiosos y los que sin disputa están llamados á tener más im-

portancia teórica y práctica son los que se refieren á las trasformaciones de la luz.

La luz, que tantos soles desprenden, se difunde por el espacio á distancias donde el calor no llega, y baña y colora todos los cuerpos que á su paso encuentra. Un solo foco luminoso puede llenar con sus resplandores vastísimo espacio en todas direcciones, y los focos luminosos, perennes ó efímeros, se cuentan en el universo por millones de millones; si pues la luz fuese susceptible tambien de cambiarse, en circunstancias propicias, en calor, en electricidad, en magnetismo, en accion química, en sonido, etcétera, ningun manantial tan fecundo para originar todas aquellas esplendentes manifestaciones de la vida del universo; que si la luz lo llena todo y por todas partes se extiende, fuente inagotable habrá de ser de donde se obtengan, no sólo colores y reflejos, sino extrañas y no esperadas armonías, origen perenne de calor, riqueza eléctrica, agente químico y obrero baratísimo; que si al dominio del hombre se llega á sujetar por completo la luz en todos sus cambios, por conocerse las leyes y circunstancias de estos, habrá de causar la más portentosa revolucion en el empleo que de los agentes naturales hace el hombre en su propio provecho.

Es, pues, del caso ver si, en efecto, en la cuestion de las trasformaciones de la luz, se conocen algunos hechos prácticos.

Cambiarse el calor y la electricidad en luz cosa es de hace tiempo bien sabida y ejemplos de ello quedan atrás citados; pero, casos contrarios ó sea de trasformacion de luz en calor, electricidad, sonido, etcétera, no se encontraban por ninguna parte.

Por fin, en estos últimos tiempos se han empezado á conseguir estas maravillas y en verdad que los resultados exceden con mucho, en lo sorprendentes y portentosos, á todo lo que se ocurría esperar de estos fenómenos.

El primer efecto logrado ha sido utilizar la luz como vehículo trasmisor del sonido; enviar la palabra, no por un alambre, como en las líneas telefónicas, sino por un rayo de luz, que funcionando á la manera de hilo luminoso, conduce el sonido. A donde quiera, pues, que alcance el rayo luminoso que de la estacion trasmisora parte, se podrá enviar la palabra con la velocidad con que la luz camina (cincuenta y cuatro mil leguas españolas por segundo) y sin necesidad de hilos, ni de cables.

El americano Graham Bell es el inventor de tal maravilla. El mecanismo para realizarla no puede ser más sencillo.

Existe un cuerpo simple llamado selenio, descubierto por el químico Berzelius, hace poco más de medio siglo y al que

no se le había dado aplicación alguna hasta el presente. Este cuerpo, sin embargo, tiene una propiedad muy singular, cual es la de presentar menor resistencia al paso de una corriente eléctrica cuando está expuesto á la luz, que cuando está en la oscuridad; y menor también si llegan hasta él los rayos caloríficos que si permanece en un ambiente frío.

Sabido esto, supóngase una lámina de selenio atravesada por una corriente eléctrica y colocada en el circuito de un teléfono. Si á dicha lámina se hace llegar un rayo de luz no continuo, sino interrumpido, por ejemplo, 435 veces por segundo, se producirán en el mismo tiempo 435 variaciones en el estado molecular del selenio y por lo tanto en la intensidad y manera de transmitirse la corriente eléctrica, de suerte que la placa del teléfono será atraída y repelida 435 veces en el mismo tiempo y producirá por lo tanto el *la* fundamental que es la nota que corresponde á dicho número de vibraciones por segundo.

La manera de provocar, con el sonido que se quiera transmitir, las interrupciones necesarias en el rayo luminoso para que este reproduzca en la estación receptora el sonido primitivo, es la siguiente: en medio de una caja de madera se colocan dos placas metálicas delgadas y paralelas, á poca distancia una de otra y con dos estrechas aberturas (una en cada lámina) que se corresponden perfectamente una enfrente de otra. Por una de las paredes entra un rayo de luz que atraviesa las dos ranuras, cuando las placas están en su posición normal, y enseguida sale sin alteración alguna, por la pared opuesta; pero una de las referidas láminas está fija al fondo de la caja, mientras la otra (la posterior) se encuentra unida por la parte alta á una placa metálica muy delgada que se halla en el techo de la misma caja y rodeada de una embocadura como las de los teléfonos ordinarios. Si se produce un sonido delante de esta placa telefónica vibrará y el movimiento se transmitirá á la lámina vertical que sostiene y donde se halla una de las ranuras. Esta lámina ejecutará movimientos de subida y bajada que impedirán que las dos ranuras estén una enfrente de otra, y de este modo el rayo luminoso que las atraviesa sin alteración cuando la lámina móvil está en reposo, experimentará durante los movimientos provocados por la producción del sonido, variaciones de intensidad correspondientes á las diferentes amplitudes de las vibraciones de la placa te-



La última adquisición, cuadro por H. Stetzner

lefonica. Este es el rayo luminoso, vehículo trasmisor del sonido y que Graham Bell llama *rayo ondulatorio*.

La estación receptora, donde este rayo ha de originar un sonido igual al que sobre él obró, se compone: de un espejo parabólico en cuyo foco se coloca la barra de selenio; de una pila eléctrica y un teléfono receptor. El

circuito de la pila comprende el teléfono y la barra de selenio. De este modo al llegar el rayo ondulatorio al espejo parabólico se refleja hacia el foco donde está el selenio, le impresiona en cada instante en razón directa de su intensidad y produce variaciones en la resistencia del metaloide al paso de la corriente y las vibraciones consiguientes en la placa del teléfono; aplicando, pues, á este el oído, se percibirá un sonido de la misma especie que el producido ante el diafragma de la estación trasmisora.

Puede darse otra disposición al mecanismo para obtener el rayo ondulatorio; como por ejemplo, que este, antes de tener tal propiedad, se refleje en un espejo al cual se le comunique el movimiento vibratorio de una placa telefónica receptora del sonido que se quiera transmitir; de este modo el haz luminoso puede ser de mayores dimensiones y por tanto servir para efectuar la transmisión á mayores distancias. Y hé aquí cómo sin hilos ni tubos puede enviarse el sonido á través del espacio.

Las aplicaciones de tan maravilloso aparato son muy importantes. Para las operaciones geodésicas y en las maniobras militares ha de prestar utilísimos servicios; pues de monte á monte podrán comunicarse, *hablarse* y entenderse perfectamente las comisiones científicas, ó la gente guerrera, sin riesgo de que les corten las líneas y sin necesidad de emplear otros medios de comunicación incómodos y deficientes.

Peró lo más curioso que se ve en el fotófono, que así se llama este aparato, es que se vislumbra en él cómo han de efectuarse, allá en lo porvenir, las comunicaciones entre astro y astro, si es que los habitantes de estos llegan á ponerse alguna vez en relación entre sí. El *fotófono* da la idea de lo que ha de ser un *telégrafo interplanetario*. Poco es lo que se necesita; en cada planeta una estación semejante á las que quedan descritas y un haz de rayos luminosos de intensidad sobrada para que sea visible del uno al otro astro. No hay cables que tender, ni postes que fijar en el espacio; el rayo luminoso ondulatorio llevará en su seno el germen del sonido que en el astro á donde se dirige haya de producirse, tal como hoy día los mismos rayos luminosos traen hasta el habitante de la Tierra, las señales de la composición química del astro de donde proceden.

DOCTOR HISPANUS



LA CRÍTICA QUE MUERDE, cuadro por G. Koch

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON